

29 DE JUNIO: SAN PEDRO Y SAN PABLO

MISA DEL DÍA

2ª Lectura (2 Tim 4, 6-8, 17-18)



“Ahora me aguarda la corona merecida”

«Querido hermano: Yo estoy a punto de ser sacrificado y el momento de mi partida es inminente. He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe. Ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que tienen amor a su venida.

El Señor me ayudó y me dio fuerzas para anunciar íntegro el mensaje, de modo que lo oyeran todos los gentiles. Él me libró de la boca del león. El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo. ¡A él la gloria por los siglos de los siglos! Amén.» (2 Tim. 4, 6-8, 17-18).

“Yo estoy a punto de ser sacrificado y el momento de mi partida es inminente”: S. Pablo intuye que su final ha llegado, pero no está seguro. No teme tanto a la muerte, cuanto a la continuación de su obra, pero confía en su discípulo Timoteo:

«Pues para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia.» (Filp. 1, 21).

«SU MARTIRIO ESTÁ CERCA.

En lo que sigue no ha añadido algo así como: “Me libraré de las fauces del león”, porque en su espíritu estaba ya viendo que su muerte iba a ser inminente. Por lo cual, a las palabras: “Y fui librado de las fauces del león”, añade: “El Señor me libraré de toda obra mala y me preservará para su reino celestial” (2 Tim. 4, 18), indicando con ello su martirio inminente. Esto lo expresa todavía más claro un poco antes, en la misma carta, cuando dice: “Pues yo estoy a punto de ser ofrecido en libación y el momento de mi partida es inminente.» (EUSEBIO DE CESAREA, Historia Eclesiástica, 2, 22, 4-5; SC 31, 84).

El seguidor de Jesús debe llevar una vida siempre a punto. Porque en cualquier punto encuentra el último. No hay reposo para el apóstol, si realmente es apóstol. La disposición para la partida inminente, traumática y violenta, es una consecuencia lógica del enfrentamiento del apóstol contra el mundo a causa de la predicación de la verdad que el Señor quiere que se anuncie.

La expresión de S. Pablo no es la de “*ser sacrificado*”, como traducen los textos de la liturgia para hacer más comprensible la lectura, sino la de “*ser derramado*”. El término griego es “*spevndomai*”, que se traduce como “*estoy siendo derramado*”, se entiende en libación, pues la metá-

fora sugiere un “*sacrificio de libación*”. Como en los sacrificios se vertía todo el vino inmediatamente antes de ser inmolada la víctima, así ahora S. Pablo va a derramar toda su sangre por Cristo Jesús.

«**Spevndomai.**

Pasivo spevndw, verter como libación.» (ZERWICK, M.; *Analysis Philologica N. T. Graeci*).

«**SER DERRAMADA.**

No dice “estoy a punto de derramar mi sangre” en términos absolutos, sino que habla de libación, porque moriría por confesar a Cristo; pues se denomina libación a la efusión de vino para expiar el honor divino.» (TEODORO DE MOPSUESTIA, *Comentario a la Segunda Carta a Timoteo*; TEM 2, 225).

S. Pablo usa también aquí de otra metáfora realista para dar a entender su partida de este mundo, y dirá: “*ha llegado el tiempo de soltar amarras*”, que la liturgia traduce por “*mi partida es inminente*”. En realidad, es lo mismo. Pero S. Pablo ha querido usar esta metáfora, recogida del proceder de los marineros en ese acto de “*soltar amarras*” para hacerse a la mar. Lo que quiere decir S. Pablo es que camina ya a velas desplegadas hacia las playas celestes de la eternidad: “*su muerte es inminente*”.

“**He combatido bien mi combate**”: Cuando moría un gran emperador se le presentaba el balance de su vida. S. Pablo se lo presenta a sí mismo: “*He combatido bien mi combate*”.

La alabanza de sí mismo en un hombre como S. Pablo, hace entender que realmente su vida ha sido de una grandiosidad envidiable, pero, sobre todo, porque ha servido para la gloria del Señor.

S. Pablo ha “*combatido*”, porque la vida es combate. Pero cuenta con la fortaleza que viene del Espíritu Santo y que se le ha transmitido especialmente en su conversión, cuando caminaba furibundo hacia Damasco persiguiendo a los discípulos del Señor. Para el cristiano este momento de la infusión del Espíritu Santo lo tiene preparado fundamentalmente en los sacramentos del bautismo y confirmación.

Para un hombre encadenado, encarcelado y condenado a muerte ¿se puede entender que diga “*he combatido bien mi combate*”? –S. Pablo no

ha combatido con la espada de hierro, sino con la espada de la palabra. Son dos órdenes distintos: el hierro gana momentáneamente, la palabra gana para siempre.

“He corrido hasta la meta”: La vida apostólica de S. Pablo ha transcurrido con legalidad y limpieza, como buen atleta, respetando las reglas de juego; ha sido una vida sazónada de entrenamiento y diligencia perseverante, cosa que le asegura el triunfo en su carrera hasta la meta.

Es mucho lo que ha corrido incansablemente S. Pablo en el ejercicio de su ministerio apostólico. Realmente ha sido un fiel servidor del Señor. Muy bien puede entonar su cántico triunfal.

“He mantenido la fe”: La fe que ha recibido S. Pablo directamente del Señor, y que la ha transmitido con fidelidad para que pase de mano en mano hasta el último cristiano que venga a este mundo, es la misma fe de la Iglesia que profesamos hoy tú y yo. Es esa misma fe que recibiste en el bautismo.

Mantener íntegro el depósito de la fe hasta la vuelta de Jesús, sin perder nada, es función de la Iglesia en todas las edades. S. Pablo cumplió con fidelidad la transmisión del depósito de la fe que se le había confiado:

*«Timoteo, **guarda el depósito**. Evita las palabrerías profanas, y también las objeciones de la falsa ciencia.» (1 Tim. 6, 20).*

“Ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día”: S. Pablo tiene seguridad de la recompensa que el Señor le proporcionará gratuitamente en atención a sus duros trabajos apostólicos:

*Mas, por la gracia de Dios, soy lo que soy; y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Pero no yo, sino **la gracia de Dios que está conmigo**.» (1 Cor. 15, 10).*

S. Pablo se remite al proceder en los juegos olímpicos, donde se coronaba al vencedor con una corona de laurel o de olivo. Pero también la corona era un símbolo funerario de victoria e inmortalidad en la antigüedad greco-romana. S. Pablo llama a la inmortalidad gloriosa “*corona de justicia (stefanoV dikaiosuvnhV)*”.

La expresión “*en aquel día*” tiene orientación escatológica, pero también incluye el mismo día de la partida de S. Pablo de este mundo hacia la eternidad.

“Y no sólo a mí, sino a todos los que tienen amor a su venida”:

La corona de gloria vencedora es para S. Pablo y para todos los que siguen al Señor en su Iglesia “*esperando su venida*”, como indica con el verbo “*premiará en aquel día*”, cuya acción tiene un efecto que perdura en el tiempo, que le trasciende a S. Pablo y llega hasta el último cristiano que venga a este mundo.

Todos aquellos “*que tienen amor a su venida*”, tienen prometida por Dios la corona de la inmortalidad, pero han de mantenerse fieles en su ministerio:

«Que conserves el mandato sin tacha ni culpa hasta la Manifestación de nuestro Señor Jesucristo.» (1 Tim. 6, 14; cf. 2 Tim. 1, 10).

«Se ha manifestado la gracia salvadora de Dios a todos los hombres, que nos enseña a que, renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, vivamos con sensatez, justicia y piedad en el siglo presente, aguardando la feliz esperanza y la Manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo.» (Tit. 2, 11-13).

La esperanza escatológica en la segunda venida del Señor es una de las vertientes de la Iglesia Católica, que conducirá infaliblemente a sus fieles hacia las riberas de la eternidad feliz. El corazón del cristiano se llena de Dios y se vacía de todo lo mundano, pues su esperanza no está en el presente temporal, sino en el futuro inmortal.

“El Señor me ayudó y me dio fuerzas para anunciar íntegro el mensaje”: La aparición de Jesús a S. Pablo en el camino a Damasco, lo convenció y fortaleció en su ministerio de tal suerte que le dio fuerzas para anunciarlo contra viento y marea, sin retroceder ante persecución o contrariedad alguna. Su misión tenía que cumplirla por mandato divino, y la cumplió a la perfección con el auxilio de la gracia.

“De modo que lo oyeran todos los gentiles”: La evangelización de la totalidad gentil le da tranquilidad a S. Pablo para partir de este mundo

con la tarea cumplida: Ha cumplido su tarea, puede descansar en la recompensa merecida por gracia.

“Él me libró de la boca del león”: Como un cristiano en el circo romano, asediado por una partida de leones hambrientos y sedientos de sangre humana, así S. Pablo ante el impiísimo Nerón y la corte de gerifaltes asesinos de que se componía la justicia romana frente a los cristianos perseguidos a muerte.

«A la noche siguiente se le apareció el Señor y le dijo: “¡Ánimo!, pues como has dado testimonio de mí en Jerusalén, así debes darlo también en Roma (ante el emperador).”» (Hech. 23, 11).

«No temas, Pablo; tienes que comparecer ante el César.» (Hech. 27, 24).

«ESCRIBÍA DESDE LA CÁRCEL DE NERÓN.

Es, pues, tradición que el Apóstol, después de haber pronunciado su defensa, partió de nuevo para ejercer el ministerio de la predicación y que, habiendo vuelto por segunda vez a la misma ciudad, consumó su vida con el martirio, en tiempo del mismo emperador [Nerón]. Estando preso, compuso la segunda Carta a Timoteo, y alude a la vez a su primera defensa y a su fin inminente... Por estas palabras claramente deja asentado que, en la primera ocasión, para que se cumpliera su predicación, fue librado de las fauces del león, refiriéndose con esta expresión, según parece, a Nerón, por causa de su crueldad.» (EUSEBIO DE CESAREA, Historia Eclesiástica, 2, 22, 2-4; SC 31, 84).

S. Pablo se siente feliz de poder anunciar el Evangelio al mismísimo emperador romano, junto con su séquito imperial. Y fue tal su éxito que no consiguieron en esa primera ocasión sentenciarlo a muerte, cosa que sí hicieron más tarde: “Él me libró de la boca del león”.

«EL LEÓN ES NERÓN.

Calló en la garganta del león. Pues llama león a Nerón por su ferocidad y lo violento y atrevido de su reinado.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilías sobre la Segunda Carta a Timoteo, 10; PG 62, 657).

«EL QUE DEVORA LAS ALMAS.

Nuevamente dando gracias al Señor, Pablo dice: “He sido rescatado de la boca del león” (1 P. 5, 8), significando al que devora las almas.

El demonio es muy astuto: siendo mentiroso, aparece como verdad.» (S. PACOMIO, Primera Vida Griega de Pacomio, 135; SH 19, 85).

La expresión “*de la boca del león*” la recoge S. Pablo del Antiguo Testamento:

*«¡**Sálvame de las fauces del león**, y mi pobre ser de los cuernos de los búfalos!» (Sal. 22, 22).*

*«¿Cuánto tiempo, Señor, te quedarás mirando? **Recobra mi alma de sus garras, de los leones mi vida.**» (Sal. 35, 17).*

*«Mi Dios ha enviado a su ángel, que **ha cerrado la boca de los leones** y no me han hecho ningún mal, porque he sido hallado inocente ante él. Y tampoco ante ti, oh rey, he cometido falta alguna.» (Dan. 6, 23).*

“El Señor seguirá librándome de todo mal”: No considera S. Pablo su situación de reo encadenado como un “mal”, pues no ha sido librado de las cadenas, pero tiene confianza en que “*el Señor seguirá librándolo de todo mal*”. ¿A qué mal se refiere entonces? –A todo aquello que le pueda estorbar para conseguir su fin, trazado por Dios directamente para él: el ministerio de la palabra y su santificación personal, como dirá a continuación.

El deseo de verse libre del mal es una reminiscencia del Padrenuestro enseñado por Cristo Jesús:

*«Y no nos dejes caer en tentación, mas **libranos del mal.**» (Mt. 6, 13).*

S. Pablo tenía sus temores ante la visión de su fragilidad:

«¡Pobre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte?» (Rom. 7, 24).

“Me salvará”: S. Pablo tiene su confianza en el Señor:

*«Él (Dios) **nos libró del poder de las tinieblas** y nos trasladó al Reino del Hijo de su amor.» (Col. 1, 13).*

La condena imperial no le impide a S. Pablo la salvación divina.

“Y me llevará a su reino del cielo”: Nerón llevó a S. Pablo al caldoso, el Señor le *“llevará a su reino del cielo”*:

«Con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús.» (Ef. 2, 6).

En el reino terreno reina la espada de Nerón derramando sangre. En el Reino de los cielos reina la salvación y la paz por los siglos.

“¡A él la gloria por los siglos de los siglos! Amén”: Ya está S. Pablo listo para recibir el tajo de la espada martirial que seccione su cabeza. Ha imitado también en su muerte a su Maestro. ¡Dios sea bendito por los siglos!

3ª Lectura (Mt. 16, 13-20)



“Tú eres Pedro y te daré las llaves del Reino de los cielos”

«En aquel tiempo llegó Jesús a la región de Cesarea de Filipo y preguntaba a sus discípulos: –¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?»

Ellos contestaron: –Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas.

Él les preguntó: –Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Simón Pedro tomó la palabra y dijo: –Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

Jesús le respondió: –¡Dichoso tú, simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo. Ahora te digo yo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del Reino de los cielos; lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo. Y les mandó a los discípulos que no dijese a nadie que él era el Mesías.» (Mt. 16, 13-20).

“Llegó Jesús a la región de Cesarea de Filipo”: Jesús estaba por los entornos de Betsaida (Julias), donde había multiplicado los panes y los peces, y desde aquí se desplazó camino del norte, por la orilla oriental

del Jordán, hasta Cesarea de Filipo. El traslado es de cerca de 70 Km., distancia que se recorría en dos jornadas. Las gentes de esta región eran paganas.

La pretensión de Jesús es la de consolidar la fe de sus discípulos sobre su condición divina y su misión mesiánica. Es significativo que para esta tarea Jesús se haya alejado del pueblo judío y se haya adentrado en el pagano.

“Y preguntaba a sus discípulos”: Comienza Jesús su enseñanza con un interrogante pedagógico para introducir de inmediato a sus alumnos en el meollo de la cuestión.

“¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?”: No es poco con que las gentes reconozcan al menos algo grande en Cristo Jesús, bajo la vertiente humana, como Hijo del hombre. En su día lo podrán reconocer también como auténtico Hijo de Dios, es decir, Dios.

Bien sabe Jesús lo que piensa y dice la gente respecto de Él y de su misión terrena, pero suscita de este modo un diálogo pedagógico, que va a terminar en lección mesiánica importantísima: autoridad, fundamento y poderes petrinus.

Es misión de la Iglesia y de todo cristiano crear ambiente de diálogo cristiano que termine, como en este caso, en pro de la Iglesia de Pedro.

En el momento histórico en que vive la Iglesia en este mundo, se hace urgente suscitar el diálogo religioso en orden a conectar las almas con Dios, las cuales están siendo asfixiadas por la propaganda atea, indiferente, pagana, mundana y religiosa falsa. Si tú no te ofreces a la labor, muy falto de amor andas. ¡Pide a Dios que te ilumine y fortalezca! Y si tú ya te has puesto al servicio de tus hermanos para acercarlos al Corazón abierto del Salvador, no te ahorres esfuerzos por hacer que ese ardiente amor se acreciente hasta que arda el mundo entero.

«LA PREGUNTA HECHA FUERA DE JUDEA.

Cesarea de Filipo se encuentra fuera de Judea, en la región de los gentiles. ¿Por qué nuestro Señor no pregunta a sus discípulos dentro de Judea sino en los límites de los gentiles? Para advertir nuestra insignificancia [como gentiles] es por lo que preguntó en territorio de los genti-

les, y recibió la confesión verdadera y eterna del bienaventurado apóstol Pedro, a quien no se lo había revelado ni la carne ni la sangre sino el Padre celestial. De esta forma, por su fe los gentiles recibieron al Hijo de Dios mejor que los judíos. En efecto, en la ciudad de Cesarea fue Cornelio el primero de los gentiles en creer, junto con toda su familia, por medio de San Pedro el apóstol. Por eso el Señor no quiso preguntar a sus discípulos en Judea, porque los judíos no creían que Jesús fuera Hijo de Dios, sino hijo de José.» (EPIFANIO EL LATINO, Interpretación de los Evangelios, 28; PL Supp. 3, 868-869).

“Ellos contestaron”: La respuesta de los discípulos es un eco del parecer de las gentes: es la triple forma que se le comunicó a Herodes:

«Se enteró el tetrarca Herodes de todo lo que pasaba, y estaba perplejo; porque unos decían que **Juan** había resucitado de entre los muertos; otros, que **Elías** se había aparecido; y otros, que uno de los antiguos **profetas** había resucitado. Herodes dijo: “A Juan, le decapité yo. ¿Quién es, pues, éste de quien oigo tales cosas?” Y buscaba verle.» (Lc. 9, 7-9).

“Unos que Juan Bautista”: Tal es el caso de Herodes, y algunos otros que, como él, creían que Jesús era Juan el Bautista, que había resucitado de entre los muertos. Herodes no concibe que pueda seguir muerto el inocente.

La culpabilidad herodiana entontece, pero censura saludablemente al delincuente. Esta es la razón por la que tus maldades te acusan hasta lo insospechado, pero serán saludable censura para reorientar tu vida, si tú así lo quieres.

“Otros que Elías”: Fundados en la profecía de Malaquías, creían que Jesús era Elías, que había de venir antes que el Mesías para preparar su llegada:

«He aquí que yo os envío al profeta Elías antes que llegue el Día de Yahveh, grande y terrible. El hará volver el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres; no sea que venga yo a herir la tierra de anatema.» (Malq. 3, 23-24).

La vida inocente inclina al hombre de Dios a preparar la venida última del Mesías, que volverá al final de la historia (parusía). Tu testimonio cristiano arrastrará a tus hermanos hacia Dios.

“Otros que Jeremías”: Se cuenta en el Segundo Libro de los Macabeos que Jeremías había escondido el tabernáculo, el arca y el altar del incienso en tiempos del destierro, y se decía que Jeremías habría de venir antes de la llegada del Mesías para descubrir el sitio donde había escondido estos tesoros:

*«Se decía también en el escrito cómo el profeta (Jeremías), después de una revelación, mandó llevar consigo la Tienda y el arca; y cómo salió hacia el monte donde Moisés había subido para contemplar la heredad de Dios. Y cuando llegó Jeremías, encontró una estancia en forma de cueva; allí metió la Tienda, el arca y el altar del incienso, y tapó la entrada. Volvieron algunos de sus acompañantes para marcar el camino, pero no pudieron encontrarlo. En cuanto Jeremías lo supo, les reprendió diciéndoles: **“Este lugar quedará desconocido hasta que Dios vuelva a reunir a su pueblo y le sea propicio. El Señor entonces mostrará todo esto; y aparecerá la gloria del Señor y la Nube, como se mostraba en tiempo de Moisés.”** (2 Mac. 2, 4-8).*

Los ojos codiciosos ven en la bondad de Jesús, a través de los siglos, por medio de su Iglesia:

- Un medio de enriquecerse: dinero.
- Una razón para cohonestar sus rapiñas.
- Un negociante.

No conciben los avarientos que la vida de Jesús sea una vida que no busca tesoros metálicos.

“O uno de los profetas”: Otras gentes se conformaban con decir que Jesús era uno de tantos profetas que había dado al mundo el pueblo judío.

Pero, en general, el pueblo no creía que Jesús fuera el Mesías esperado: según las falsas concepciones transmitidas por los antepasados y que habían enseñado sus doctores, el Mesías sería Mesías temporal, glorioso (al modo mundano) y triunfante de sus enemigos políticos (los romanos).

El pueblo veía que la vida y doctrina de Jesús no satisfacía el ideal que se había forjado. Al pueblo, estragado en y por sus vicios, no le llena la vida sobrenatural de Jesús. ¿Qué es lo que a ti te llena? –Eso eres: si Cristo, cristiano; si el mundo, mundano; si el dinero, metalizado; si el placer, vicioso...

“Él les preguntó: –Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”:

«¿QUIÉN DICE LA GENTE QUE ES EL HIJO DEL HOMBRE?»

¿Y por qué no les preguntó inmediatamente lo que ellos sentían, sino que quiso antes saber la opinión del vulgo? Porque quería que, expresada ésta y volviéndoles a preguntar a ellos: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”, el tono mismo de la pregunta los levantara a más alta opinión acerca de Él y no cayeran en la bajeza del sentir de la muchedumbre. Por eso justamente tampoco les interroga al comienzo de su predicación.

Cuando ya había hecho muchos milagros y les había enseñado muchas y elevadas doctrinas, cuando les había dado tantas pruebas de su divinidad y de su unión con el Padre, entonces es cuando les plantea esta pregunta.

Y no les dijo: “¿Quién dicen los escribas y fariseos que soy yo?”, a pesar de que éstos se le acercaban muchas veces y conversaban con Él, sino: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?” Con lo que buscaba el Señor el sentir del pueblo. Porque si bien ese sentir se quedaba más bajo de lo conveniente, por lo menos estaba exento de malicia; mas el de los escribas y fariseos se inspiraba en pura maldad.

Y para dar a entender el Señor cuán ardientemente deseaba que se confesara y reconociera su encarnación, se llama a sí mismo “Hijo del Hombre”, designando así su divinidad, como lo hace en muchas otras partes.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilías sobre el Evangelio de Mateo, 54, 1; PG 58, 532-533).

Sabe Jesús lo que piensan sus discípulos, respecto de su misión terrenal, pero da un paso más en el diálogo mesiánico orientando el discurso hacia la misión terrena. El segundo intento de Jesús también se orientará hacia su Iglesia.

«LA PREGUNTA DE JESÚS FUERZA A LOS DISCÍPULOS A ALEJAR LOS RUMORES.

¿Te das cuenta de la pericia de la pregunta? No dijo inmediatamente: Vosotros, ¿quién decís que soy yo? Al contrario, se refiere a lo

que dicen los demás de Él para refutarlo y mostrar que es abominable, y por ello reconducirlos a la opinión correcta. Y efectivamente lo consiguió. Cuando los discípulos dijeron: “Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, y otros que había resucitado alguno de los antiguos profetas, Él les preguntó: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” ¡Cuán discreto es ese “vosotros”! Distingue a éstos de los demás para que también huyan de sus opiniones; así no tendrán una idea indigna de Él ni poseerán confusión alguna de pensamientos inestables acerca del mismo Juan ni de la resurrección de alguno de los profetas. Vosotros –dice– que habéis sido elegidos, que habéis sido llamados al apostolado por mi voluntad, vosotros que habéis sido testigos de los milagros que he hecho, ¿quién decís que soy yo?» (S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, Comentario al Evangelio de Lucas, 9, 18; CSCO 70 (Scrip. syr. 27), 164-165).

La primera pregunta de Jesús: “¿quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?”, está orientada a reconocer a Jesús como hombre. No se trata de un fantasma, como pretendieron los gnósticos, sino que se encarnó realmente en las entrañas purísimas de la SS. Virgen María. Aquí Jesús está haciendo una alusión implícita y velada sobre su procedencia de su SS. Madre. Pero la segunda pregunta de Jesús: “y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”, va más allá. Ya no se trata de lo que dice la gente acerca de la grandeza humana de Jesús, sino que suscita en los apóstoles una motivación en orden a elevar los ánimos para que piensen de Él muy por encima de las gentes sencillas, es decir, que reconozcan su divinidad, pues ellos han contemplado muchos milagros y vaticinios como para pensar más correctamente sobre Jesús.

“Simón Pedro tomó la palabra y dijo”: Si antes todos participaban en la conversación, ahora enmudecen los demás discípulos y es sólo S. Pedro quien habla en nombre de la comunidad apostólica.

“Tú eres el Mesías”: Dos serán las afirmaciones de S. Pedro: Jesús **Mesías** y Jesús **Dios**. Las enseñanzas de Jesús han venido preparando a los discípulos para este momento. Ahora que son conscientes de la misión de Jesús, confesada por S. Pedro, va Jesús a dar la *misión* a S. Pedro.

Los auténticos discípulos reconocen a Jesús como Dios. Los que escuchan a Jesús día y noche, lo reconocen.

“El Hijo de Dios vivo”: Esta segunda expresión va más allá del mero mesianismo de Jesús, cuyo contenido ontológico, en las mentes ju-

días, era un tanto inferior al concepto de divinidad, además de las desviaciones doctrinales que se habían insertado a la función del Mesías esperado.

Pero S. Pedro llegó a juntar rectamente estos dos epítetos de Mesías y Dios, como una misma realidad personal, bajo la inspiración del mismo Dios, como le dirá a continuación Jesús:

“Jesús le respondió: –¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!”: Es una especie de bienaventuranza que afecta positivamente a S. Pedro, que está bajo la inspiración del mismo Dios.

Hasta tal punto ha querido Jesús recalcar la importancia de la respuesta de S. Pedro y la procedencia de la inspiración, por medio del Padre, que ha proferido una felicitación solemnisima, pues le llama a S. Pedro por su nombre: *“Simón”*, y le completa el título oficial con el rimbombante apellido de *“hijo de Jonás”*.

Por tanto, es necesario que tú apliques tu mente y tu corazón a la profesión de S. Pedro, que habla aquí en nombre de toda la comunidad cristiana. Así como en la antigüedad costó mucho reconocer a Jesús como Mesías y Dios, así ahora, en el momento en que vives, ¡cuánto cuesta reconocer a Jesús como Redentor y Señor del tiempo y de la eternidad! ¡Con qué facilidad se le niega a Jesús el derecho que tiene como Creador y Señor, como Redentor y Salvador, como Hijo del Padre, y Padre de la humanidad...

“Porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo”: La expresión *“carne y hueso”* designa a la persona humana completa en su condición mortal. Por tanto, no está en la posibilidad del hombre tener un conocimiento autónomo de lo trascendente:

«Nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.»
(Mt. 11, 27).

Cualquier confesión sobrenatural tiene como impulsor el *“Padre que está en el cielo”*. La indigencia del hombre sin Dios es tanta, que hasta de su misma indigencia tiene ignorancia. Tal es el estado del mundo que no conoce a Dios, que se apoya en *“carne y hueso”*.

Tampoco es necesario que sea en ese mismo momento, en el que S. Pedro profiere su oráculo, cuando Dios le inspire lo que ha de decir. Más bien se debe atribuir su profesión de presente a la formación que ha recibido del mismo Jesús durante su vida pública, a las manifestaciones proféticas de Jesús, a sus milagros, a su integridad de vida, a su rectitud moral, a su entereza y perfección personal. En definitiva, que la fe no se improvisa, aunque es un don de Dios, sino que la persona se va preparando para que, llegado su momento, esté a la altura requerida. Esta doctrina te constriñe de tal suerte que no debes dejar un instante de tu vida sin hacer acopio de la gracia de Dios, que obra en cada persona y en cada acontecimiento para tu fortalecimiento en la fe, en la esperanza y en la caridad.

Es grande la dicha de un hombre a quien Dios se revela. Debe sensibilizar su conciencia y permanecer a la escucha.

Reconocen a Jesús como Mesías aquellos que viven a la escucha de Dios, como vivieron sus discípulos. No puede la carne reconocer a Jesús como Dios, como no lo reconocieron los judíos. A Dios se le ha de reconocer en espíritu.

“Ahora te digo yo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”: En arameo “*piedra (khfaÇV)*” se usa igualmente para la palabra Pedro. Es S. Juan (1, 42) quien utiliza la expresión aramea “*khfaÇV*”. S. Mateo dirá “*pevtra/ (roca)*”.

Esta es la segunda vez que el Señor se dirige a S. Pedro como fundamento de su Iglesia. La primera vez fue cuando S. Andrés, hermano de S. Pedro, le llevó a Jesús para que lo conociera:

«Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús. Este se encuentra primeramente con su hermano Simón y le dice: “Hemos encontrado al Mesías” –que quiere decir, Cristo–. Y le llevó donde Jesús. Jesús, fijando su mirada en él, le dijo: “Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (khfaÇV)” –que quiere decir, “Piedra”–.» (Jn. 1, 40-42).

La palabra “*Iglesia*” aparece aquí por primera vez en los evangelios, luego volverá a aparecer por segunda y última vez un poco después, en este mismo evangelio de S. Mateo:

*«Si les desoye a ellos, díselo a la **Iglesia** (comunidad). Y si hasta a la **Iglesia** desoye, sea para ti como el gentil y el publicano.» (Mt. 18, 17).*

Se entendía por “Iglesia” a la comunidad de todos los judíos, en cuanto que formaban el pueblo elegido por Dios. Pero Jesús, con el posesivo “mi” (“**mi Iglesia**”), está hablando del nuevo Pueblo de Dios que se está aglutinando entorno a su misión mesiánica y a su Persona divina.

Y la persona que va a construir este nuevo templo es el mismo Jesús, pues Él mismo dice que edificará. Por tanto, tú eres edificación de Dios:

*«Somos colaboradores de Dios y vosotros, campo de Dios, **edificación de Dios.**» (1 Cor. 3, 9).*

Jesús afirma que Simón Pedro (roca) es el **sostén** de toda la Iglesia y el que dará **estabilidad** y **permanencia** a la misma.

Las metáforas de Jesús tienen un significado fácil de entender:

- Jesús es el que **edifica**, el arquitecto.
- El edificio que se construye es la **Iglesia**.
- S. Pedro será el **cimiento** firme, estable e indestructible sobre el que será fundamentada la Iglesia y sobre el que se dará consistencia y duración al edificio:

*«Así pues, todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa **sobre roca.**» (Mt. 7, 24).*

- Y como no se trata de un edificio material, sino moral, es decir, de una sociedad que han de formar todos los fieles, ha de contar con una autoridad suprema que le dé estabilidad y firmeza y a la que todos obedezcan. Por eso Jesús promete a S. Pedro la autoridad suprema sobre la Iglesia: el Primado de jurisdicción.
- Las siguientes metáforas ponen aún más de relieve este pensamiento:
 - ✓ Los que luchan contra la roca (la Iglesia), no son Iglesia, son antiiglesia, anticristos; porque el Cristo total lo es con sus miembros: la Iglesia.

- ✓ Quien quiera permanecer dentro de la Iglesia, deberá buscar la piedra fundamental, deberá vivir unido a la jerarquía de la Iglesia, pues la Iglesia está fundamentada sobre S. Pedro.

“Y el poder del infierno (αἵ/δου) no la derrotará”: Es el lugar donde iban todos los que morían. Se daba también a este lugar el nombre de “*sheol*”. No suponía, como ahora sí lo supone, el tormento del fuego eterno.

*«Yo dije: A la mitad de mis días me voy; en las puertas del **seol** se me asigna un lugar para el resto de mis años.» (Is. 38, 10).*

Posteriormente el término “*infierno*” se reservó sólo para los condenados, pues los justos habían salido del sheol con la muerte del Señor. En este lugar infernal quedaron los condenados con los demonios. Es a estas potencias diabólicas con sus secuaces a las que se refiere Jesús cuando dice que “*el poder del infierno no la derrotará*” (a la Iglesia).

¿Quiénes son este infierno? –Los que luchan contra la Iglesia, los que inventan errores, los que no la defienden, los indiferentes, los falsos cristianos: todos ellos son causa del debilitamiento de la Iglesia. No te vayas de S. Pedro, porque es él quien tiene las llaves.

¿En qué sentido el infierno no derrotará a la Iglesia? –Como Sata-nás es matador de hombres y mentiroso (cf. Jn. 8, 44), intentará aniquilar la Iglesia y sembrarla de errores, pero la Iglesia estará protegida contra esta pretensión diabólica, haciendo que por más cristianos que maten, la Iglesia seguirá siempre en pie, y por más mentiras y errores que se siembren dentro y fuera de la Iglesia, no prevalecerán los errores contra la infalibilidad de la Iglesia. El magisterio de la Iglesia está siempre asistido por el Espíritu Santo en orden a que jamás caiga en error alguno.

Con estas expresiones Jesús ha desafiado a las potencias del mal. Les dice a la cara que, si anteriormente consiguieron jurisdicción sobre el hombre, ahora no podrán contra su nueva creación, la Iglesia.

Si el demonio dijo con mentira a la mujer: “*de ninguna manera moriréis*”, ahora le dice Jesús al demonio con verdad: “*no la derrotarás*”.

“Te daré las llaves del Reino de los cielos”: La entrega de las llaves del Reino de los cielos (la Iglesia) a S. Pedro, es conferirle el poder supremo de gobernarla.

El poder que había perdido el hombre en Adán con su pecado, lo recupera ahora en Pedro, pero mejorado, gracias a Cristo Jesús. Antes sólo tenía poder en la tierra, pero ahora lo tiene también en el cielo.

“Lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo”: Atar y desatar es un término jurídico y equivale a suprimir una obligación o a permanecer en ella, a absolver o condenar, a permitir o prohibir...

El poder de jurisdicción se lo entrega Jesús a la Iglesia para siempre en la persona de S. Pedro, pero como por otra parte S. Pedro vivirá tan sólo unos pocos años, debemos concluir que gozan de este poder de jurisdicción todos los sucesores de S. Pedro, es decir, todos los Papas, hasta la consumación de los siglos.

“Y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo”: Si te atas a la Iglesia de la tierra, S. Pedro te atará a la Iglesia del Cielo. Si te vas de la Iglesia terrena, S. Pedro no te abrirá las puertas de la Iglesia del Cielo, porque sus llaves son también de la Iglesia Triunfante.

“Y les mandó a los discípulos que no dijese a nadie que él era el Mesías”: La proclamación pública de Jesús como Mesías de Dios no deberá hacerse hasta después de su muerte y resurrección, pero hasta ese momento Jesús impone silencio: secreto mesiánico.

¿Quién creería a los apóstoles con semejante mensaje? ¿No provocaría la noticia alboroto en las autoridades judías y un adelanto en la hora de la pasión? Por lo tanto, lo que procede es silenciar el dato hasta después de la resurrección.

Por otra parte, la propaganda mesiánica podría enardecer los ánimos alborotados de ciertos fanáticos del judaísmo, cosa que iba a extorsionar la labor evangélica que Jesús estaba realizando.